

ANDREI RUBANOV

# CLOROFILIA

minotauro

## PRIMERA PARTE



–Tengo mucha sed –dijo Saveliy.

–Toma. –Bárbara le tendió una botella de agua enriquecida con vitamina A–. Apaga tu sed de vida. ¿Qué te parece el aspecto que tengo hoy?

–Estoy emocionado –respondió Saveliy sin ninguna emoción. No podía soportar el maquillaje interactivo.

–¿Acaso no estoy sexy?

–Tranquila. Estás sexy.

Aceleró y se cambió de carril.

En el kilómetro 30 un tallo crecía justo al lado de la carretera: un tallo vigoroso, de color verde oscuro, que daba la sensación de que se erguía directamente hasta el centro del cielo. Bárbara echó hacia atrás la cabeza y sacudió el pelo con elegancia.

–De cerca tienen un aspecto horroroso, como cubiertos de escamas. Como si una cola de serpiente saliera de la misma tierra.

–Pues no mires –le aconsejó Saveliy–. Ni siquiera te acerques a ellos. Te tomarán por una herbívora.

Bárbara se ofendió visiblemente y sacó pecho con orgullo.

–¿Qué pasa? ¿Tengo yo aspecto de ser herbívora?

–No, pero da igual.

–Dicen que cada año esa hierba crece más y más.

–Sí –contestó Saveliy–. La hierba es cada vez más alta y la oscuridad se va haciendo más espesa. Cada vez hay más gente pálida. El mundo pronto se derrumbará. Quedarán sólo las hierbas y los que viven por encima del piso cien. Los chinos y sus subordinados.

Bárbara, la novia de Saveliy, no se parecía en nada a las mujeres herbívoras. Los herbívoros de ambos sexos –sobre todo si pertenecían al estrato pálido de la población– siempre parecían estar exageradamente activos. Bromeaban y hacían cosas bamboleándose sin descanso, eran descuidados en su vestimenta y siempre estaban intentando hacer colas cerca de cada solario callejero barato. Bárbara, como correspondía a una mujer del piso setenta y cinco, tenía un aspecto mustio, incluso un poco marchito. Esa forma especial de parecer anémica, la inseguridad de sus movimientos, la manera de hablar en voz baja, como con pereza, se consideraba de lo más chic entre la juventud de los pisos superiores. En el conjunto de cualidades se incluían unos hombros fuertes y bonitos y unos pechos singularmente firmes, con una elasticidad parecida a la de las pelotas de tenis.

«Tengo tiempo de sobra –pensó Saveliy–. ¿Por qué no echarse a un lado y aprovechar que tengo a esta dama junto a mí? Es una chica guapa, bien dotada, en la redacción me envidian...»

Al aproximarse al puente de la autopista de Yugo-Západnaya –como de costumbre, como ayer y anteayer, como hace diez años– apareció ante la mirada de Saveliy, como en mitad del cielo, una imagen holográfica brillantísima (no se podía apartar los ojos de ella) y al mismo tiempo increíblemente suave, de tenues colores marrón y verde: una hermosa mujer de rostro agradable haciendo constantemente el mismo leve gesto con la mano, y por encima, por debajo, atravesándola y alrededor de ella, se dejaba ver, como si saliera del aire, o de la mismísima organización del

sistema de vida local, el principal lema que desde hace ya muchos años tanto ha unido a los moscovitas:

NO DEBES  
NADA  
A NADIE

Y como siempre, como ayer y anteayer, como hace diez años, Saveliy sonrió y se sintió más ligero. Todo era muy sencillo. Escribe en el cielo, con enormes letras esmeraldinas, una frase sencilla de cinco palabras y todo el mundo será feliz.

Aquí te quieren todos y no esperan nada a cambio. Aquí no debes nada a nadie.

Nadie debe nada a nadie. Nadie tiene obligaciones. Nadie se doblega ante el peso de la necesidad.

En el cruce de Petrosián con Dubovítskaya quedaron atrapados en un atasco. Hacia la ventanilla del coche, abierta debido al calor inhabitual de un día de septiembre, se acercó corriendo un traficante medio desnudo, muy pálido, muy alegre, el típico herbívoro con no menos de cinco años de antigüedad en el trabajo, con el pecho, la espalda y los hombros cubiertos enteramente desde hace tiempo con tatuajes en tres dimensiones ya pasados de moda.

–Cuarta destilación –farfulló, sonriendo.

–Lárgate –le soltó Saveliy.

–Barato –insistió el pálido distribuidor de felicidad–. Puedo dártelo por dinero o por amistad.

Saveliy cerró la ventanilla. «¿Quién necesita tu amistad, miserable? Yo soy Saveliy Hertz, corresponsal especial de la revista *Lo Más*, cuya buena disposición hacia ellos buscan miles y miles de personas.»

–Personalmente jamás hablo con los pálidos –apuntó Bárbara.

–Entonces, según tú, ¿no son personas?

En ese momento, el traficante, como si no hubiera pasado nada, se dirigió con andares de payaso al siguiente coche (a la

siguiente tripulación), colocándose por el camino el detector de señales policiales que bamboleaba colgado de su cinturón.

«Cuarta destilación –pensó Saveliy–. Vaya mierda.» Toda la bohemia moscovita lleva ya un año sin bajar de la séptima. Y ahora prometen la octava. Y en los pisos noventa, en el reino de los más ricos, empieza a circular la novena, y esta novena destilación, según rumores, es algo increíble. Las cápsulas van escondidas en tabletas de vitamina A, una dosis es suficiente para dos días, y llevan incorporados efectos especiales: en ningún momento pareces un herbívoro. No das saltos por los subidones de energía, no sueltas bromas ingeniosas, no sonríes, no gesticulas con las manos y tres veces al día comes comida normal como un ciudadano respetable. Pero por dentro –allí donde está tu alma, en lo profundo de tu «yo», en la cabeza y en el corazón– te sientes tan bien como jamás se ha sentido nadie.

Y se cuenta también que el jefe de Saveliy y Bárbara, editor y redactor jefe de la revista *Lo Más*, el poderoso y repulsivo Pushkov-Riltsev, destructor implacable de carreras ajenas, residente por herencia en el piso noventa y uno, cubierto con tres capas de bronceado natural de color chocolate, una mente brillante de cien años de edad, lleva ya seis meses metido en la novena destilación.

Pero esto son sólo rumores que difunden los envidiosos. Saveliy sabe de sobra que el viejo no consume.

Se pusieron en marcha. Por el retrovisor, Saveliy alcanzó a ver al traficante saltar a la acera y fundirse con la multitud.

El corresponsal de la revista *Lo Más*, Saveliy Hertz, llevaba unos cuantos años pasando por ese cruce. Tanto por la mañana como por la tarde la misma persona vendía ahí pulpa de hierba, al principio de segunda destilación, después de tercera, y ahora tenía de la cuarta, y en un año más probablemente aparecería la quinta.

«¿Por qué no lo arrestan nunca? ¿Por qué yo –se preguntó asombrado Saveliy–, un periodista profesional, per-

sona informada absolutamente de todo, no comprendo los mecanismos ocultos mediante los cuales se distribuye la hierba más importante de los tres últimos decenios? ¿Por qué en un siglo de control absoluto, cuando el objetivo de veinticinco organizaciones policiales compitiendo entre sí escanea cada metro de espacio, cuando cada mortal lleva desde su más tierna infancia microchips bajo la piel, cuando los participantes en el proyecto «Vecinos» gozan de control sobre sus propias vidas, cómo es posible que al mismo tiempo unos tipos miserables y pálidos, sin temer a nada ni a nadie, puedan ofrecerte en cada esquina pulpa de tallo en la cantidad que quieras, y más teniendo en cuenta que la ley condena a diez años de cárcel por una sola dosis?»

Al acercarse al centro de Moscú la hierba aparecía en mayor densidad. Estar sumido en las sombras era físicamente desagradable. Saveliy aceleró.

Crecían tallos en cada mínimo espacio de tierra, como un reptil con escamas de color negro verdoso y veinticinco metros de diámetro por otros trescientos de altura.

Los tallos crecían apretados unos a otros. Se mecían triunfales agitándose con el viento, privando de sol y obligando a la gente a sentirse como hormigas.

Saveliy decidió pensar en algo más agradable y preguntó:  
—¿Cómo está Masha?

—Fatal —respondió al instante Bárbara, quien el día anterior había pasado toda la tarde como invitada en casa de su amiga—. Llegó a casa pasada la medianoche apestando a martini y a humo de narguile<sup>1</sup> de frutas. —En ese momento Saveliy comprendió con placer que ella se sentía culpable—. Esa

1. Narguile: una forma de fumar tabaco aromatizado (rosa, menta, etc.), propia de países árabes, para lo cual se pone en el suelo un recipiente con vapor de agua y un cuenco con carbones para encender el tabaco. El consumidor aspira por un tubo. Está muy de moda en Moscú desde hace unos años. Los buenos clubes y restaurantes se precian de ofrecer un menú exclusivamente de narguile. (*N. de la t.*)

aventurera ha aceptado un anticipo de cinco cifras para escribir un libro titulado *Cómo casarse con un chino siberiano*.

—¿Y qué tiene eso de horrible?

Bárbara soltó una risotada.

—Pues que ella no tiene ni idea de lo que hay que hacer para casarse con un chino siberiano. Llamó por teléfono a una conocida que está casada con un millonario, y que en realidad es director de un gran complejo agrícola chino. Es de Magadán y se dedica a la plantación de naranjos. Le pidió consejo a esa chica que había conocido por casualidad, y ella le dijo: «Tonta, ¿quién va por ahí contando esas cosas?» Y vino a decirle más o menos que no volviera a llamarla porque ya no era Natashka Gavrílova, sino Tsín Shu, que traducido significa «Abedul Silencioso» o algo parecido...

—Pues que devuelva el anticipo —dijo Saveliy.

—Ja. Ya se lo ha gastado y están anunciando el libro.

—Entonces que esa gran escritora lea un par de guías de viaje, la biografía de Mao Zedong y el librito titulado *Confucio para novatos*. Que lo redacte con sus propias palabras, y que se invente el resto.

Bárbara guardó silencio un instante y objetó:

—De todos modos hace falta un mínimo de concreción. Aunque sólo sean dos o tres consejos reales.

—¿Para qué? —preguntó Saveliy, sorprendido—. Para casarse con un chino hay que aprender su idioma. Y eso exige por lo menos cuatro años de estudio intensivo. Y las tontas que quieren casarse con un chino siberiano no son capaces de trabajar tan duro, porque quieren tener un marido chino justamente para no tener que trabajar. ¡Es un círculo vicioso! Tu Masha no arriesga nada. Los que compren su libro no serán capaces, de entrada, de seguir sus consejos.

—¡Oh! —exclamó Bárbara—, eres un genio. Voy a llamarla ahora mismo.

—Ten en cuenta que exigiré una parte de los honorarios.

–No resultará. Nuestra literata es capaz de matar por un kópec.

–Entonces –replicó secamente Saveliy–, que se rompa la cabeza ella solita. Si es capaz de aceptar anticipos de cinco cifras, significa que ya es hora de que aprenda a utilizar el seso. He observado que últimamente hay demasiadas escritoras. Le tiras una piedra a un perro y seguro que le das a una escritora.

Bárbara lo miró y preguntó:

–¿A santo de qué te pones a discutir?

–Por eso precisamente –contestó, apesadumbrado, Saveliy–. Para escribir una novela, Garri Godunov, si es que te acuerdas de él, se mudó intencionadamente del piso sesenta al quinto, a la humedad y el moho, al barrio más salvaje, a un cenagal donde están los herbívoros acabados. Y desapareció sin dejar rastro.

–Para desaparecer entre los herbívoros terminales no hace falta ser muy inteligente –manifestó Bárbara.

Saveliy sonrió ligeramente. No quería discutir, no le gustaban las disputas, y menos aún con su novia. Un tipo astuto y cruel dijo en una ocasión que de las discusiones nace la verdad. ¿Cuántos millones de horas dedicaron los que le creyeron a verificar tal cosa, agitando inútilmente el aire con sus palabras?

Giró para salir de la avenida. Delante, en medio de unos postes verdes ligeramente inclinados, apareció el destino final de su trayecto: el lugar donde trabajaban Saveliy y Bárbara, la colosal pirámide del ultramoderno complejo de viviendas y oficinas llamado Chkalov.

Saveliy suspiró y puso la radio.

«... el primer ministro señaló que el índice de prosperidad económica ha subido un cuatro por ciento, y destacó especialmente que no hay motivos para esperar en un futuro in-

mediato que disminuya el ritmo de aumento del bienestar de los ciudadanos. Se reforzará el control sobre los ingresos financieros procedentes de la Zona Económica Libre de Siberia Oriental. “La ideología de la prosperidad absoluta prevé una indexación ininterrumpida de impuestos que se establecerán basándose en la inflación y los precios de los principales productos de consumo. Los chinos van a trabajar y a pagar, y nosotros nos dedicaremos a gastar y pasarlo bien.” Así concluyó su discurso el primer ministro. Su intervención fue interrumpida varias veces por las ovaciones...

»Pasamos ahora a otras noticias: Hoy por la mañana, cerca del Ministerio de Economía, ha tenido lugar una manifestación pacífica de los partidarios de recuperar los territorios periféricos. Los manifestantes, unas veinte personas, exigían la asignación de medios y la organización de expediciones de investigadores a las regiones de Tver e Ivánovo. Encabezaba la manifestación el conocido populista Iván Evrópov, quien declaró que la situación actual, en la cual toda la población de Rusia, el país más grande del mundo, se concentra sólo en Moscú, es absurda. El mítin de los que apoyaban al señor Evrópov duró aproximadamente una hora y terminó con un banquete espontáneo...

»Cultura: En el proyecto Vecinos continúa el índice de crecimiento sin precedentes de la popularidad de la familia Valyaev. Recordemos que Anastasia Valyáeva informó de inmediato a los cinco pretendientes a su mano acerca de su decisión de casarse. Por cierto, dos de los cinco pretendientes son el padre y el hijo de la familia Grishko. Como consecuencia de esto, la cantidad de retransmisiones desde los apartamentos de los Grishko también aumentó rápidamente. Como se sabe, el líder de la lista, como es ya habitual, sigue siendo la familia Blojovátov,<sup>2</sup> en cuya casa se produjo

2. Existe una ironía en este apellido, pues *blojá* (δηροχα) en el original ruso significa «pulga». (*N. de la t.*)

ayer un grandioso escándalo con relación a la repartición de las sumas entregadas por los patrocinadores del proyecto. La retransmisión de este incidente tuvo una audiencia de veinticinco millones setecientas mil personas.

»Boletín de sucesos: Ayer noche, en el suroeste de Moscú, un grupo de malhechores intentó realizar una tala ilegal de cuatro tallos que crecían en estado salvaje. Más de cien participantes en ese acto fueron arrestados por los agentes del orden, quienes se incautaron y destruyeron setenta toneladas de una sustancia conocida como “pulpa de tallo”...»

Saveliy se encontró frunciendo los labios irónicamente. «Tonterías, eso no son noticias. En nuestros tiempos todos prosperan menos los periodistas. ¿Sobre qué se podía escribir? ¿Sobre las habituales bufonadas de ese imbécil de Evrópov? Si tanto le preocupa la periferia, la región de Ivánovo o la que sea, pues que vaya él mismo a ese lugar salvaje y apartado e investigue en persona ese espacio deshabitado y las ciudades abandonadas, donde nadie puede vivir y donde desde hace ya medio siglo campan a sus anchas los osos y los lobos.»

Por lo demás, el enfado del periodista profesional Hertz no tardó en desaparecer. No sentía ningún deseo de cabrearse en un día tan agradable.

«A veces –pensó Saveliy–, mi trabajo entra en contradicción con lo que conforma mi vida. Me encanta mi trabajo, pero no puedo soportar los noticiarios.»

El aparcamiento del piso veintidós del edificio Chkalov estaba destinado exclusivamente para los empleados que trabajaban en él. En ese momento estaba prácticamente vacío. Nadie en Moscú empezaba a trabajar antes de las doce. Sólo los chinos, pero ellos tenían sus propios aparcamientos por separado.

Tenían sus propios ascensores, sus propios restaurantes, centros de recreo, lavanderías, y hasta sus propias clínicas dentales. Sólo los más ricos originarios de la Zona Económi-

ca Libre de Siberia Oriental podían permitirse el lujo de vivir en Moscú, y estos multimillonarios no sólo vivían aparte, sino también encima de todos los demás, en los pisos cien, en los áticos con campos de golf y pista de aterrizaje para helicópteros. Casi todos los rascacielos de la hiperpolis habían sido construidos por empresas chinas, con hormigón armado chino y dinero chino. Hasta los patriotas locales más fervorosos no tuvieron más remedio que aceptar que la pequeña diáspora china se reservara los mejores lugares.

Saveliy no se consideraba un patriota ardiente, no le gustaba envidiar ni guardar rencor, y le daba igual dónde y cómo vivían los chinos ricos. Cerró el coche, hizo un guiño al objetivo de la cámara de la policía, tomó a Bárbara de la mano y se dirigió a los ascensores.

A medida que ascendían desde el desfiladero medio oscuro, en el que reinaban penetrantes los hedores insalubres de agua estancada y del aislamiento eléctrico quemado, a medida que se desplazaban hacia arriba, hacia el sol y la luz, Saveliy empezó a experimentar una sensación que al principio era como de vigor, para convertirse después en una ligera euforia en el umbral de su sensibilidad, y finalmente casi en éxtasis. Era estupendo elevarse a los cielos –allí donde dominaban el azul y las nubes– en ese veloz artilugio carente de ruidos. Era estupendo observar el guiño de los botones iluminados en tono lila suave. Era estupendo empaparse de la suave música que descendía del techo, algo dulzona para su gusto, pero en general, elegantemente concebida y vivificante. Y era verdaderamente estupendo aspirar el aroma de la persona que estaba a su lado de perfil, de esa mujer joven y sana –una mujer que, por cierto, se consideraba la novia de Saveliy–, que lo amaba con un amor divertido y sin reparos. Y si en ese momento, supongamos, él, poniendo una expresión fingida de seriedad, le agarrara el trasero e incluso (¿por qué coño no?) deslizará la palma de la mano por dentro de sus pantalones, le aflojara el cinturón de ser-

piente de pitón y jugara con los dedos en sus zonas más íntimas, entonces esa mujer lo aceptaría con el balanceo de su talle, su parpadeo y su sonrisa agradecida.

–En el piso sesenta –pronunció él en voz baja– hay un nuevo hotel express. Alcobas con mando vocal. Entremos por media hora.

–A nosotros no nos basta con media hora –replicó Bárbara, y Saveliy comprendió que ella estaba pensando en lo mismo.

«Los dos pensando en lo mismo, es estupendo», presumió para sus adentros el corresponsal de la revista *Lo Más*.

–A mí me basta –dijo Saveliy sonriendo.

–A mí no. Podemos llegar tarde y el viejo nos regañaría.

–Para eso está el viejo.

Bárbara suspiró.

–Es mejor aguantar. Te propongo simplemente entrar a tomar algo en alguna parte.

En el piso setenta y siete, entraron en un café situado en una terraza y que era el preferido por los esnobs de las oficinas cercanas (principalmente despachos de abogados y residencias de los grandes productores). Aquí servían camareros de carne y hueso y había una buena vista de la ciudad: tallos robustos a ras de tierra, cubiertos de escamas, la mitad de las cuales estaban muertas, aquí, a una altura de doscientos cincuenta metros, se combaban por el viento y por su propio peso, meciéndose rítmicamente, y Saveliy levantó la cabeza y vio sus destellantes copas de color verde intenso. En los pisos setenta ya se podía vivir; aquí, a través de la empalizada verde, se abrían paso ardientes rayos de sol. Cerca de la barandilla de la terraza, situada al borde mismo del precipicio, estaban medio arrellanados en sus asientos los ociosos habituales del lugar, bebiendo a sorbitos agua Baikal Double Premium y observando, con la mano a modo de visera, la aparición y desaparición en el cielo de anuncios holográficos que prometían por un precio conveniente todos los goces pensables e impensables, empezando por conectarse al proyecto

Vecinos y acabando con una oferta especial: dos Bentley chinos al precio de uno, sólo durante este mes y únicamente para los miembros del Partido de la Prosperidad Absoluta.

Saveliy acercó un sillón a su compañera, luego se sentó él, pidió un zumo fresco de melón y naranja (un tónico según la receta especial del barman cuyos ingredientes se guardaban en secreto), estiró las piernas para que quedaran a la vista de todos –y sobre todo de la suya– sus nuevos zapatos que se adaptaban cómodamente a la planta del pie y, cerrando los ojos de placer (cielo, aire, mediodía, siglo xxii), dijo:

–Bárbara.

–¿Qué?

–Te amo.

–Y yo a ti. Pero apártate un poquito. Me quitas el sol.

–Escucha –dijo Saveliy, satisfaciendo su petición–, tú escribiste tu tesis de licenciatura sobre la literatura rusa del siglo xx, ¿no?

–Eso fue hace mucho tiempo.

–¿Te acuerdas de la expresión «barniz de realidad»?

–Vagamente.

Saveliy guardó silencio y luego continuó:

–Yo lo veo.

–¿Qué exactamente?

–El barniz.

–Te entiendo –asintió con la cabeza la inteligente Bárbara.

–Me parece –Saveliy cambió su cómoda postura por otra más cómoda todavía– que todo a mi alrededor reluce cambiando de tono.

–Simplemente has dormido bien y estás descansado.

–Sí. Mira qué muchacho más gracioso.

–No es gracioso, va a la moda. Esta temporada todos vuelven a llevar ropa naranja y violeta.

–¿Y qué llevaban antes?

–Amarilla y blanca.

–¿Y antes de eso?

–Estaba de moda el lila. Y los tatuajes en tres dimensiones.

En ese mismo instante, Hertz se acordó del traficante de baja estofa que hacía poco había visto en el cruce ofreciendo esa basura prohibida, y sintió como si viera amenazada su comodidad psicológica personal.

«Hay que pasar más tiempo abajo –decidió–. E ir al trabajo como todos los currantes normales, por la autopista de peaje del nivel veinticinco. Carillo, pero por lo menos te libras de tener que ver a tus pálidos compatriotas poniéndose morados de pulpa, riendo entre dientes, sucios, y, sobre todo, darte cuenta de que son tantos. Sí, lo que deprime no es su aspecto, sino precisamente su cantidad. Por cierto, cada vez hay más pálidos. Eso resulta evidente para cualquier persona observadora...»

–Un día precioso –dijo él, sonriendo de nuevo a Bárbara y cambiando otra vez de postura para sentirse más cómodo–. Me siento inspirado. Propongo tomar una copa de champán y nos vamos. Hoy no podemos llegar tarde.

–¿Champán? –preguntó su novia, pensativa, estirándose–. ¿A mediodía? ¿Un lunes? No. Mi educación no me lo permite.

–Como quieras. –Saveliy se puso en pie apoyando las manos en los brazos del sillón al tiempo que reparaba en la fuerza de sus músculos extensores. Extraordinarios músculos tensores, extraordinario sillón, extraordinaria mañana.

Su amiga había construido su vida dentro del marco de lo que se consideraba «una chica seria de buena familia», y su forma preferida de rechazar algo consistía en aludir a su educación. Al mismo tiempo, pensaba Bárbara, acentuaba elegantemente su independencia con respecto a los hombres. A espaldas de la novia de Saveliy Hertz siempre se vislumbraban claramente unos padres encantadores, económicamente muy solventes, así como apartamentos de doce habitaciones con piscina, invernadero y criados de carne y hueso. En realidad, Saveliy sabía a ciencia cierta que Bárbara despreciaba

en secreto a sus padres por su tendencia a la mezquindad, y desde los diecisiete años vivía sola. Se había casado dos veces (sin tener hijos), tuvo intención de dedicar su vida en primer lugar a la jurisprudencia, después a la lucha en defensa de la ecología, más tarde al diseño y la escultura, hasta que aterrizó en la redacción de la revista mensual *Lo Más*, donde se convirtió en una periodista de primera clase. Se ponía un vestido atrevido, adoptaba la postura de *lady* (según su propia expresión), y conseguía entrevistas sinceras de personas que normalmente en público juraban por su madre que jamás concederían ninguna entrevista a nadie.

Ahora Saveliy y su novia iban a trabajar. Se abrían paso haciendo guiños a los desconocidos e intercambiando bromas con los conocidos a través de una multitud apacible y elegante, en la cual aproximadamente sólo uno de cada diez pensaba en el trabajo. Incluso en el piso setenta y siete trabajaban solamente los idealistas fanáticos y los que adoraban el dinero. Los demás sabían con certeza que trabajar era patrimonio de los chinos, y que los habitantes de Moscú nacían para disfrutar de la vida. En el siglo XXII un ciudadano de Rusia no debía nada a nadie.

Saveliy Hertz sabía también que no debía nada a nadie, y también le encantaba disfrutar de la vida (algo que le enseñaron en el colegio unos pedagogos sabios y pacientes), pero procedía de una clase social insignificante llamada en otro tiempo *intelligentsia*, y en ese entorno se consideraba de buen tono hacer algo, complicarse la vida en aras de la utilidad social, dar un empujón al progreso. Desde su más tierna infancia a Saveliy le habían inculcado el desprecio a la ociosidad.

Pero Bárbara había reconocido muchas veces que se reía de su aporte a la sociedad; ella trabajaba solamente porque no sabía hacia dónde encauzar su energía.

Pero independientemente de las diferencias en cuanto a sus orígenes y forma de ver las cosas, ambos se llevaban de maravilla.

Desde allí ya no subieron en ascensor sino por las escaleras mecánicas. Iban más despacio, pero a la vez era más interesante. La alegre despreocupación de los pisos setenta daba paso a la severidad y los colores suaves de los pisos ochenta. Aquí no podían entrar los holgazanes, porque para un ciudadano que no trabajaba, los niveles de los pisos ochenta estaban sencillamente fuera de su alcance. Aquí casi todos estaban ocupados en algo o vivían a costa del dinero de los padres, pero también con mesura e inteligencia. Nadie andaba por ahí deambulando ni se pasaba medio día en los salones de masaje, galerías comerciales y hoteles express. Aquí alguno que otro tenía un aspecto lúgubre. Se podían oír improprios y exclamaciones de despecho. Aquí tenían su sede las grandes compañías comerciales, que vendían a los europeos pobres madera y agua del lago Baikal, y en despachos extraordinarios preparaban sus pequeños negocios los intermediarios, que repartían los «arroyuelos» dinerarios que llegaban a través del gobierno procedentes de la Siberia china. Los repartidores no de arroyuelos, sino de ríos y mares, se sentaban en los niveles noventa; allí, por encima de la copa de los tallos más altos, gozaba de luz solar la élite de Moscú: los más ricos, los más influyentes, la gente más ladina y terrible.

En el piso ochenta y tres atravesaron una sala, dispuesta de tal forma que cualquier persona que llegara allí se llenaba de una noble y especial melancolía: el agua de las fuentes borboteaba suavemente, y junto a las chimeneas de alta tecnología con llamas de verdad, en unos sillones espaciosos, se sentaban mujeres y hombres bronceados hasta casi la negrura, preocupados no de gastar el dinero que les llegaba gratuitamente de los chinos, sino de multiplicarlo. Sonriéndose unos a otros, enseñaban los dientes, pintados, según la última moda, con un barniz de color rojo intenso.

Saveliy abrió la puerta de abedul de Karelia, dejó pasar a Bárbara y entró en la sala de redacción de la odiosísima, escandalosísima y popularísima revista moscovita *Lo Más*.

Todo el que cruzaba el umbral de la redacción lo primero que veía era la mayor atracción del lugar: un sillón de estilo chippendale<sup>3</sup> famoso en todo Moscú, tapizado con una piel reluciente. Fabricado por encargo, era exactamente dos veces y media más grande que cualquier otro sillón normal y medía tres metros de altura. A los protagonistas de cada número de la revista los fotografiaban sentados en el regazo del gigante o bien con él de fondo; esto era considerado un honor, y al mismo tiempo, los personajes de las entrevistas, en contraste con los ciclópeos cojines y brazos del sillón, parecían, por lo general, gamberros de poca edad o muchachitas que sacaban buenas notas y mantenían las piernas muy juntas. Mediante este sillón único se cultivaba una broma paradójica: «Vamos a escribir que eres el no va más, pero te immortalizaremos con el aspecto de un tonto. Si accedes a ello, entonces serás al cien por cien un auténtico no va más».

Saveliy y Bárbara avanzaron hasta llegar a la sala general inundada de luz. En la redacción odiaban la distribución

3. Thomas Chippendale (1718-1779) fue un ebanista inglés, creador del estilo de muebles de lujo que lleva su nombre y que ha pasado a considerarse típicamente inglés. (*N. de la t.*)

por despachos, todos trabajaban a la vista de los demás. A un empleado que estaba en mitad de una importantísima conversación podían tirarle encima una pelota de papel o la cáscara de una naranja. En primer lugar, para que se relajara, y en segundo, para que no olvidara que no hay nada extraordinariamente importante. Existe solamente lo más de lo más y todo lo demás.

Aquí, a la espera de que comenzara la reunión general semanal, se congregaba el núcleo pensante de la revista, los que creaban personalmente cada número. A saber: la menu-dita Valentina Mertvago, redactora de la sección de noticias, y dos periodistas que hacían de todo: Pruzhinov, un hombre enjuto de pelo castaño y aspecto frío, esnob despiadado, con una capacidad de trabajo notable, y Gosha Degot, que era como su opuesto, mal vestido y desaseado, con una mirada inexpresiva. Ambos maestros –junto con Saveliy y Bárbara– llevaban toda la parte creativa: entrevistas, reportajes y analítica. Pero mientras el brillante Pruzhinov sólo iba en ascenso y era considerado en la esfera profesional una estrella en alza de primera categoría, Gosha Degot, a pesar de entregar verdaderas obras de arte, se deslizaba a toda velocidad en la dirección opuesta. Bebía mucho y hacía poco que había pasado por un divorcio. Ahora era el único que no sonreía a los recién llegados.

Junto a la pared estaba sentado en un silla un chico con el pelo de color naranja que a Saveliy le sonaba vagamente. Hertz cayó en la cuenta de que era justamente ese tipo de pelo del que había estado hablando con Bárbara media hora antes en el bar del nivel setenta y cinco.

–Por fin –exclamó sonoramente Pruzhinov–. El viejo no quiere empezar sin vosotros.

Desde la puerta entreabierta de la sala de conferencias se oyó un falsete discordante:

–¿Qué pasa ahí? ¿Se han dignado aparecer nuestros tortolitos?

–¡Sí, señor! –replicó Hertz gritando.

–¡A la mierda el «señor»! Entrad, vamos a empezar.

Todos, incluido el misterioso joven, se levantaron de un salto y entraron casi dándose codazos a la sala contigua, donde, a la cabeza de la mesa, sentado en una silla de ruedas china último modelo, aguardaba a sus feligreses, a sus hijos, a sus esclavos, un viejo menudo con el cuerpo encogido como una momia. Dos decenas de pelos largos que aún conservaba sobre su cráneo gris lleno de pigmentos estaban recogidos hacia atrás en una trenza, y unos dedos exageradamente largos que descansaban sobre el panel de mandos se movieron como si fuera un predador. Sólo él sabía cuántos años tenía. Oficialmente, su edad era de ciento tres años.

Redactor jefe y dueño de la revista *Lo Más*, Mijáil Evgráfovich Pushkov-Riltsev tenía el aspecto de una persona que en su juventud había escrito poemas de amor, pero que en un momento dado se atascó de repente con los versos, el amor y la juventud. En el salón de su apartamento –lo había visto el propio Saveliy–, alrededor de una mesa de juego antigua, estaban sentados, desnudos hasta la cintura, dos modelos holográficos de Sigmund Freud y Karl Marx jugando al Monopoly y dándose capirotaos.

Mirando por una enorme ventana el jefe esperaba a que todos se sentaran.

Gosha Degot tiró a Saveliy de la manga y le susurró:

–Te necesito hoy por la tarde. Ven. No faltes por nada del mundo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Saveliy interesándose con cierta precaución.

–Nada, pero es muy importante.

Saveliy percibió el olor a algo quemado. Se abstuvo tanto de hacer una mueca como de levantar las cejas como si estuviera impresionado. «Algo muy importante que no es nada. Muy propio de Gosha en su estado actual.»

–¡Hertz! –graznó Pushkov-Riltsev–. ¡Muévete a la derecha! Estás quitando el sol a nuestro colega abstemio.

Gosha Degot se ruborizó. Bárbara, que estaba sentada enfrente de él, apretó los labios para no reírse. En cambio, el muchacho desconocido se rió a mandíbula batiente.

–Entendido –le dijo Saveliy a Gosha en un susurro–. Vendré. Disculpe, jefe –se excusó a continuación Hertz.

–Tú eres el jefe –replicó con violencia Pushkov-Riltsev.

–Yo no soy el jefe –manifestó tranquilamente Hertz.

–Entonces siéntate y no gruñas.

Pruzhinov resopló.

–Empecemos –dijo solemnemente el viejo.

En la redacción despreciaban y compadecían a Gosha Degot, exactamente en ese orden. Al menos Saveliy, que envidiaba al encorvado y sombrío Gosha, experimentó al principio compasión –como si Gosha tuviera algún defecto físico del tipo estrabismo– y después, inmediatamente, un desprecio igual de fuerte porque el mismo Gosha era culpable de su propio estrabismo.

Siete años antes Gosha había tomado parte en el proyecto experimental Vecinos por encargo de la redacción. En su apartamento instalaron cincuenta cámaras de vídeo minúsculas. Cada participante en el proyecto Vecinos podía observar al detalle la vida de Gosha, incluyendo los aspectos más íntimos. Y por contra, al encender Gosha el televisor tenía acceso a las magistrales transmisiones en color emitidas desde las viviendas de varios miles de participantes más en el proyecto. Se trataba de un proyecto comercial: las familias cuya existencia despertaba el interés de la mayoría de los televidentes entraban en una *rating* especial y recibían ropa y electrodomésticos de los patrocinadores.

Gosha Degot se consideraba una fiera del periodismo. Sus primeros artículos sobre el proyecto Vecinos los leyó

ansiosamente todo Moscú. Gosha empezó a estar en buena forma, se vestía bien, dejó de fumar y de soltar obscenidades. No faltaba más, lo estaban observando todo el día (hay que decir que le costó mucho esfuerzo renunciar a los tacos; todos los periodistas son terriblemente malhablados). A Gosha lo envidiaban. Al cabo de un año el proyecto tuvo una gran difusión y se hizo enormemente popular. A Vecinos se apuntaban decenas de miles de personas, principalmente de los pisos inferiores, pertenecientes a las capas pálidas de la población. Los niveles de delitos en la esfera familiar descendieron bruscamente. Los órganos encargados del orden legal celebraban el éxito. Durante los tres primeros años participaron en el proyecto dos tercios de la población de la hiperpolis. Gosha Degot publicó el libro *Yo, su vecino*, y después otro más, y ambos llegaron a estar en la lista de libros más vendidos. Sin embargo, al final del tercer año sucedió algo con la estrella del periodismo. El comportamiento de la estrella cambió. El que una vez fuera un hombre bien acicalado, todo encanto e ingenio, dejó de cuidarse, no se peinaba y evitaba aparecer por su propia casa, pasando el tiempo en el trabajo o en el bar con una copa de licor en la mano.

Por aquella época en el *rating* de Vecinos ocupaba de forma estable el primer puesto la familia Petujov:<sup>4</sup> el agresivo papá Petujov, la histérica mamá Petujova, la abuela alcohólica y tres hijas en edad adulta, todas ellas ninfómanas. Las hijas cambiaban de novio constantemente, los corredores de apuestas admitían apuestas sobre cuánto iban a durar con el novio actual. Todos los miembros de la familia hacía tiempo que no trabajaban en ningún sitio, y en general no salían nunca de su amplio apartamento: la puerta de entrada sólo se abría para recibir la siguiente cafetera de parte de los

4. Nuevamente el autor juega irónicamente con el apellido: Petujov (de *Isemyx* en el original ruso) significa «Gallo». (*N. de la t.*)